



**LEJANAS
FRONTERAS
DEL ESPACIO**

A. BERTRAM CHANDLER

¿Era Quinn un descendiente de Whitley? ¿O era su reencarnación? ¿Era Leonora la propia Jane, la esposa de Whitley? ¿Qué secretos encerraba aquel planeta donde la noche era interminable? ¿Cuáles era los reptiles alados que poseían una fuerza desconocida en la Tierra? Whitley, como escritor, había imaginado una novela espacial, y de repente se había convertido en el protagonista de la misma, trasladándose en tiempo y espacio a muchas generaciones en el futuro. ¿Era todo un sueño... o la más espantosa de las realidades?

1

PETER Quinn miró el mapa esférico, cuyos resplandecientes filamentos existentes entre los brillantes puntos de luz, que eran las estrellas, formaban una tela de araña.

«Al menos —pensó— la tormenta ha terminado. O no está donde ahora estamos nosotros. O nosotros no estamos donde está la tormenta».

Su cerebro apartó del recuerdo lo que el mapa le había parecido cuando la tormenta magnética había alcanzado la nave. Una vez, hacía tiempo, había leído una descripción de tal fenómeno: un plato de *spaghettis* luminosos. Cuando leyó tal descripción deseó no tener que pasar jamás por una experiencia similar. El autor del libro había tenido suerte: su nave había conseguido llegar a un sector colonizado de la galaxia. Quinn esperaba que los que iban a bordo de la *Lode Maiden* tuvieran la misma suerte. Contempló la extraña configuración de las estrellas del mapa y luego atisbó fuera, por el ventanuco. Las verdaderas estrellas eran tan extrañas como sus diminutas representaciones en la transparente esfera, extrañas y escasas.

—¡Hola, gallito!

Quinn volvió la cabeza al escuchar el saludo. Vio entonces que Saunders había entrado en la cabina de control. El tercer oficial, siempre desaseado, lo estaba más que de costumbre. No llevaba casco. Los calcetines le caían sobre las botas, llevaba la camisa desabrochada y los galones de una de las hombreras estaban deshilachados. Los pantalones estaban manchados de grasa.

—¿Qué se cuece, Bill?

—Aceite pesado... solo que todavía no se está cociendo. Hay demasiada gente en la sala de máquinas, Pete. El viejo y el jefe están provistos de martillos y alicates, y cada uno está convencido de ser el único que sabe manejar un torno *diesel*. El contramaestre y el segundo maquinista también han tomado cartas en el asunto, lo mismo que el cuarto contramaestre y los maquinistas restantes, mientras que los cadetes están dando vueltas por ahí, con la boca abierta. Yo pasé por allí y al ver tanto alboroto he preferido venir aquí, al Control, en busca de un poco de paz y tranquilidad. —Se dejó caer en una de las sillas y se abrochó el cinturón de seguridad—. Ah, esto es mejor. ¿Por qué resulta tan descansada la ilusión de sentarse? —Y agregó, cambiando de tono—. ¿Cómo está la nave, Pete?

—No está. Nos hallamos atrancados, sin respiración ni movimiento. Tan indolente como un barco pintado en un océano pintado.

—El que pintó este océano —se quejó Saunders, mirando por el ventanuco— debía tener mucha pintura negra a su disposición. La tormenta debe de habernos alejado de la galaxia... o poco menos. —Sacó un cigarrillo del aplastado paquete que tenía en el bolsillo de la camisa y lo encendió—. Mientras pueda, disfrutaré de dos chupadas. Una vez pongan en marcha el *diesel*, el rey Nosmo será el supremo soberano. ¡Oh!, a propósito, el viejo me dijo que te relevase. Quiere un oficial responsable... y no me ha gustado la manera como ha pronunciado «responsable»... para que circule entre los pasajeros, tranquilizándoles. No es que tú vayas a servir de mucho, claro. Te dedicarás a buscar un rincón oscuro donde poder estrechar la mano de tu linda Leonora...

—Tienes una mente morbosa, Bill —le espetó Quinn.

—Realista, Pete, realista..., como corresponde a un Padre Fundador de una de nuestras lejanas Colonias Perdi-

das. Y creo que tendremos que comenzar a buscar algunas Madres Fundadoras...

Quinn se desabrochó el cinturón y se puso de pie, un poco incierto en tanto el fluctuante campo residual de la nave entraba en contacto con las suelas magnéticas de sus botas, y luego se encaminó hacia...

¿La escalerilla? No. La escalera de la sala, creo... Al fin y al cabo, es una nave de pasajeros, por lo que es preferible que emplee algunas expresiones más...

...la escalera de la sala, que daba acceso al...

—¿Qué quieres, querida?

—Por tercera vez, George, ¿quieres almorzar?

...cuerpo de la nave. Él...

—¡George!

—¿Sí?

—Por favor, deja de aporrear esa maldita máquina y escúchame. ¿Quieres almorzar?

...temía que...

La mano de la mujer le impidió seguir tecleando. Él levantó la vista, distrayéndose ya del relato, aunque a regañadientes. Pensó —y la idea le sorprendió— que Jane era estupenda a pequeñas dosis, pero no tanto teniéndola pegada al lado constantemente. «A veces me gustaría volver a estar embarcado», pensó.

—A veces casi me gustaría que estuvieras embarcado, George —díjole ella—. Al menos, cuando estabas en casa, gozaba de tu compañía. No como ahora. Y tampoco tenía preocupaciones a la hora de pagar las cuentas.

—No es culpa mía que el mercado de revistas de América se esté muriendo —replicó él—. Antes había treinta y

pico de revistas, ahora sólo ocho...

—Entonces, ¿por qué no escribes algo que puedas vender en otra parte? Una novela...

—¡Maldita sea! Estoy intentando escribir una novela.

—Intentarlo no es suficiente, querido.

Whitley apartó la silla de su mesa de trabajo y contempló a Jane casi con disgusto. Lo malo de Jane era ser demasiado eficiente, demasiado capaz. «Y si ella no fuese así —pensó— yo estaría de nuevo embarcado». Ella sentía un respeto exagerado por el éxito, y cuando uno empezaba a fracasar en un aspecto, significaba para ella el fracaso en todos los terrenos.

La siguió a la cocina. Se sentó a la mesa, echó una ojeada —con muy poco apetito— a la libra de pan francés, la mantequilla, el queso, la ensalada. Miró con más interés la botella de cerveza... pero detuvo la mano de Jane cuando ésta iba a llenarle el vaso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella, sobresaltada.

—Perdóname. Tengo que ver al doctor Ferris esta tarde.

—¡Oh!, sí, ya lo recuerdo. Podrías haber venido a la playa conmigo, o seguir con tu estúpida novela, pero prefieres jugar al conejillo de indias. Espero que disfrutes con ello.

—La experiencia —replicó Whitley— será muy buena para mí. Como escritor. Todo es material aprovechable. Y el doctor desea experimentar con alguien que sea capaz, más tarde, de escribir un relato fiel de lo ocurrido.

—No estoy muy segura de aprobar este asunto de las drogas —opinó ella—. Podrías convertirte en adicto —añadió—. Aunque no es que esto importara mucho...

—No se convertirá en hábito, te lo aseguro —replicó Whitley con frialdad.

2

WHITLEY se relajó en el sillón del despacho de Ferris, y contempló al sujeto a través de la pantalla de humo que ambos hombres estaban generando, Whitley con su pipa y el doctor con su cigarrillo. Era agradable sentirse relajado. Él y Ferris habían sido camaradas en un buque, cuando el doctor había estado trabajando en calidad de cirujano en el vapor que hacía la ruta de Australia, en tanto que Whitley era el primer oficial. La camaradería se había transformado en una auténtica amistad, la que solamente puede establecerse entre la gente de mar.

—¿Cómo van las cosas, doc? —le preguntó.

—Bien, como siempre. Demasiado bien. A veces lamento haber abandonado la práctica general.

—Esto es lo que dices. Si pudiera volver a empezar de nuevo, estudiaría Medicina en Siquiatría. Es una vida de gran señor. Nunca tienes que ensuciarte las manos. —Reflexionó sobre el tema—. Ni tampoco careces de clientes. Si la ciencia médica algún día produjese un afrodisíaco seguro e inofensivo, todos los siquiátras perderían a sus clientes.

—Eso no resulta muy amable, George.

—Pero es cierto.

—¿Y tus cosas cómo van?

—Muy mal. Hace meses que no he visto un buen cheque. Tan mal va todo, que he pensado seriamente en volver al mar. Por fortuna, cuando dejé la *United Steam Shipping Company*, no cerré demasiado fuerte la puerta a mis espaldas.

—Yo debería volver al mar otra vez —citó el doctor:

«Al solitario mar y al solitario cielo.

Y lo único que deseo es un buen buque

Y una estrella que lo guíe...»

—¡Tonterías! —gruñó Whitley—. No me gustan los buques, no me han gustado nunca los grandes buques, sino esos vaporcitos que parecen unas bañeras y que costean Australia. Si volviese al mar sólo sería por una cosa: dinero. Aunque la verdad es que Jane y yo andamos un poco a la greña estos días.

—Todavía llegarás a ser cliente mío.

—No es fácil.

—¿Trabajas ahora en algo, George?

—Sí. Una novela. El asunto de las revistas está muerto, y han sido las novelas de ediciones baratas de bolsillo las que han ayudado a matarlo. Bien, veré si puedo introducirme en este nuevo mercado.

—¿Qué clase de novela?

—Anticipación. Una obra espacial.

—En otras palabras, una historia de naves... para no perder la costumbre, aunque se trate de naves espaciales.

—Bien, he conseguido inventar un nuevo impulso interestelar. El «Impulso Ehrenhaft», según lo he denominado.

—Ese nombre me suena.

—Naturalmente. Recordarás, sin duda, a un tal doctor Ehrenhaft, un austríaco refugiado en los Estados Unidos, de quién se sospecha que demostró la existencia de una corriente magnética, como opuesta a un campo magnético. Bien, si se tiene una corriente magnética, se deben tener partículas magnéticas...

—Continúa.

—Bueno, mis generadores Ehrenhaft engendran una corriente magnética. La nave en la que dichos generadores se hacen funcionar, para todos los propósitos, se convierte en una enorme partícula magnética de una polaridad deseada. Va navegando según las líneas de la fuerza magnética de

los sistemas planetarios, a mucha mayor velocidad que la luz. Claro que el impulso posee sus fallos...

—No habría historia en caso contrario. ¿Cuáles son los fallos?

—Los «torpedos», como yo los llamo, pueden aterrizar y despegar sólo en las regiones que poseen mucha fuerza vertical, o que se hallan en torno a los polos magnéticos. Además, existen tormentas magnéticas en la vecindad de ciertos soles. Si la nave se ve atrapada en una, es arrojada fuera de su trayectoria y, para mejorar las cosas, además, su pila queda seca, sin poder...

—¿Para qué sirve la pila?

—Para proporcionar el calor que haga hervir el agua que produce el vapor que impulsa a las turbinas que mantienen girando los tornos Ehrenhaft, y también los motores que engendran la corriente eléctrica para la maquinaria auxiliar de la nave.

—O sea, que sin la pila no pueden funcionar.

—No del todo. En realidad, las naves van equipadas con motores *diesel* de emergencia. Si las naves se extravían en el espacio, los bioquímicos extraen combustible de los hidrocarbonatos con que se alimenta la gente de la nave, pero pueden continuar el viaje, de estrella a estrella, con la esperanza de encontrar un planeta capaz de soportar nuestra clase de vida, y en tal caso inauguran una Colonia Perdida. Y si no lo encuentran...

—Entiendo. Posees una mente morbosa, George. No sé si llevar a cabo el experimento contigo.

—Sería una lástima que no lo hicieras. He estado pensando en ello. Pero deberías explicarme algo más. Sí, he leído algo del asunto en el *Times*, pero no he visto aún ningún artículo debidamente documentado.

—¿Has leído «Las puertas de la percepción», de Huxley?

—No.

—Pues deberías leerla. Entra de lleno en el tema con bastante profundidad. Y juega con las ideas que te pondrían en el camino debido. Por ejemplo... sé que voy a exponerlo muy crudamente, la mente forma parte del Todo Cósmico, pero el cerebro actúa como una válvula de reducción, permitiendo ingresar sólo las impresiones que le servirán al dueño del cerebro en su existencia cotidiana. El ácido lisérgico atraviesa la válvula de reducción...

—¡Caramba!... Ese Todo Cósmico, como tú lo llamas, puede ser una entidad cuatridimensional. Naturalmente, entonces habría el viejo Dunnem y sus líneas del mundo, y su universo serial... Y a través de un antepasado, las líneas del mundo se extienden por el remoto pasado, y a través de un descendiente, hacia un futuro remoto.

—No he creído nunca en Bridey Murphy —objetó el doctor.

—Con franqueza, tampoco yo. Pero en realidad, la idea es fascinante...

—Demasiado fascinante. Bien, si te tendieses en el diván...

—¿Propulsión a chorro?

—No.

Ferris tiró hacia arriba la manga de la camisa deportiva de Whitley, fregó la piel con un trocito de algodón empapado en alcohol, y a continuación insertó la aguja de la jeringa en una ampollita llena de un líquido incoloro, y aspiró con el émbolo.

—Una inyección intramuscular —anunció.

—Ya lo veo.

Whitley apenas sintió el pinchazo al penetrar la aguja en su carne.

—Tardarás unos quince minutos en comenzar a sentir los efectos —le advirtió Ferris.

—Sí, veré elefantes rojos o guapas bailarinas —se burló Whitley.

3

—¿CÓMO te sientes? —le preguntó Ferris.

—Ligeramente mareado —replicó Whitley—. Aparte de eso, muy bien. Pronto veré los elefantes rojos.

—¿Colores?

—Normal.

—¿Perspectiva?

—Lo mismo.

—¿El oído?

—Puedo oír el tráfico de la calle, pero un poco amortiguado.

—¿Te importará que te deje? Pam me pidió que, si me quedaba en casa esta tarde, recortase un poco el césped. Grita si me necesitas.

—¿Por qué? Lo que pasa entre un hombre y su subconsciente es alto secreto. «Para ser destruido por el fuego antes de ser leído».

—Si es así como piensas, George...

—No te preocupes, doctor. Escribiré todas mis impresiones, como te prometí. Pero llámame «señor X» cuando mi relato salga en las revistas médicas.

—Lo haré. Bien, vendré a verte de vez en cuando.

Whitley contempló el techo, el techo blanco. ¿El techo blanco? Había unas manchitas grises, y un ligero movimiento. Como niebla, como humo, algo denso, casi sólido, con

tentáculos que se alargaban hacia abajo como intentando llegar al diván.

¡Vaya —pensó Whitley—, vaya! Si esto es lo mejor que puede realizar mi subconsciente con relación a las Amenazas del Espacio Exterior, no es mucho. Grado «B» de Hollywood...

Trasladó su atención a las paredes. También habían asumido un aspecto de humo, pero como por detrás de un vidrio. Contempló el sillón en el que había estado sentado. Sus líneas estaban borrosas. El almohadón del respaldo parecía estar palpitando, como si fuese una bolsa de cuero que contuviese un animal, pero no muy activo. Y la tela que cubría el almohadón y el asiento había adquirido más profundidad de tono, resultando mucho más bella. Es notable —pensó Whitley—, lo que la falta de azúcar en la sangre que va al cerebro puede hacer.

Volvió a mirar al techo. Seguía medio oculto por la niebla. Había leves trazos de color, pero muy leves. Y también sugerencias de formas. ¿Dragones? ¿Formas humanas? Whitley no estaba seguro. Quería ver algo, y sospechó que en caso contrario se sentiría defraudado.

Por el rabillo del ojo vio a alguien sentado en el sillón. ¿Jane?

Giró la cabeza. El asiento estaba vacío. Pero la impresión persistió, la impresión de una mujer esbelta, de cabello claro, con *shorts* y blusa. Pero Jane no poseía *shorts* blancos —pensó—. Ni blusa blanca. Y la blusa era de uniforme, con hombreras.

Es notable lo que la falta de azúcar en la sangre que va al cerebro puede hacer. En realidad, me gustaría que Jane estuviese aquí —se dijo—. Me siento muy cerca de ella... Siento que...

Cerró los ojos y no siguió pensando, no quiso pensar, sino sentir. Estaba aturdido por la intensidad de sus sensaciones. Era como verse arrollado por una inmensa ola de calor... una oleada de calor que era la Vida. La vida de to-

dos los hombres y todas las mujeres, de todos los hombres y todas las mujeres. De todos los hombres y mujeres de épocas pretéritas, de todos los hombres y mujeres que han de venir.

Vio claramente el símbolo: el gran acantilado color carne, aunque jamás obscuro; el gran acantilado, erguido contra una tormenta marina, que parecía ascender orgullosamente hacia el negro, plomizo cielo, el acantilado que él sabía era la carne, la sangre y los huesos de la raza, el acantilado que era la Humanidad, que duraría siempre.

Por la ventana abierta se oía la queja mecánica de la segadora de motor de petróleo que el doctor hacía vivir. Con el rítmico latido del motor, la visión del acantilado y...

4

CON el sonsonete rítmico de los motores se aflojó la tensión en el salón. Alguien estaba haciendo algo. Alguien había hecho algo. La situación se hallaba bajo control. Whitley contempló los pálidos semblantes de los pasajeros, sabiendo que esperaban su anuncio. Estaba enterado de la presencia de la joven a su lado, una joven esbelta, de piernas torneadas y cabellos claros, con falda y blusa de uniforme, con las hombreras negras, en las que se veían unos galones dorados sobre un fondo escarlata.

«Pero... ¿qué diablos hace Jane aquí?», se preguntó Whitley, angustiado.

—Di algo. Di algo —le urgió ella.

—¿Qué?

—Diles que la situación se halla completamente dominada.

El joven se aclaró la garganta antes de hablar.

—La situación está completamente dominada.

Su afirmación no había sonado convincente.

—Pero... ¿dónde estamos? —insistió un hombre desmedrado—. ¿Dónde estamos?

Por el cerebro de Whitley pasó un vago recuerdo. Era el retrato mental de una esfera transparente, una esfera de tinieblas en donde una telaraña luminosa había sido hilada entre los brillantes puntos de luz que eran las estrellas, las extrañas estrellas. ¿Estaba rememorando aquella esfera... o estaba simplemente recordando?

—¿Dónde estamos? —repitió el hombrecillo.

—Tranquilízalos —le susurró Jane.

Pero no era la voz de Jane. Miró a la joven. No era Jane... aunque poseía todo aquello que él había deseado siempre en Jane.

—Diles algo.

—¿Qué?

Eran recuerdos... ¿Recuerdos de lo que había estado escribiendo, o...?

—Ahora que los motores están ya funcionando —dijo con firmeza—, no habrá más humo. —¿Cuál era la broma de Saunders con respecto al rey Nosmo?, se preguntó. Y añadió—: Los pasajeros deberán evitar en lo posible todo esfuerzo físico.

—Pero ¿dónde estamos? —chilló el hombrecito.

¿Dónde estamos? —se preguntó Whitley—. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

Recordaba un salón... ¿dónde? ¿cuándo?... un salón con un techo medio oculto por la bruma, con las paredes como de humo, un humo tras el cristal, con muebles que poseían una vida propia, una vida ameboide. Y en ese salón había alguien llamado Whitley... ¿o era Quinn? Sí, estaba Quinn... ¿o era Whitley?, tendido en un diván, mirando la niebla, y era Whitley... ¿o Quinn?... y era... estaba...

¿Dónde?

Los pálidos semblantes de los pasajeros eran manchas deformes para Whitley, quien enfocó su atención en el aviso fijado en uno de los pilares del compartimiento circular. En el aviso debía haber algo que le proporcionara información, aunque no fuese más que las horas de las comidas, o los nombres de los contrincantes en el torneo de golf. Habría el nombre de la nave... *Lode Maiden*, pensó Whitley. Echó a andar hacia el aviso, quedándose sorprendido por la aparente firmeza del suelo. Bajó la vista y contempló sus desnudas, curtidas rodillas, asomando entre sus pantalones cortos y sus calcetines, que terminaban dentro de unas botas blancas. Vio el suelo de plástico brillante, que cubría el